

Figuras románticas

GEORGE SAND

El centenario del romanticismo ha sido festejado en Francia con algunos comentarios críticos y diversas conmemoraciones que han atraído considerable público. Pero han saltado los libros que presenten a las figuras cardinales de esa escuela literaria en la integridad complejísima de su vida y de su obra. El profesor Mornet ha sido uno de los pocos que en estudios tan breves como compendiosos ha analizado a algunos escritores románticos. He aquí una de sus siluetas.

NI J. J. Rousseau ni Chateaubriand ni Lamartine ni Víctor Hugo han sido plena y hasta verdaderamente románticos. Ya lo hemos demostrado. Pero George Sand ha puesto en sus primeras obras el «romanticismo integral», por lo menos el romanticismo moral, ya que no era cuestión, en una novela, el respeto o la violación de las reglas clásicas. Si dejamos de lado los frenesíes apasionados o metafísicos de todas sus primeras novelas, como «Indiana» o «Lelia», «Jacques», que está escrito en un estilo más seguro y a veces con una especie de frialdad altanera, «Jacques» es un breviario del perfecto romántico. Tiene toda la decoración romántica: el claro de luna, un valle salvaje y pintoresco, grandes bosques llenos de sombra y de misterio, un castillo de aspecto venerable, «dos cazadoras, más bellas que todas las ninfas de Diana, una morena, grande, valiente y audaz, y la otra blanca, tímida y sentimental, montadas las dos en caballos soberbios que galopaban sin ruido sobre el

musgo de los bosques». Es la soberanía de la pasión, que tiene derecho a ser sencillamente por que es: «El amor es egoísta; se sienta, ciego y risueño, sobre las ruinas del mundo». Y es el mundo el que tiene la culpa: «No maldigáis a esos dos amantes que van a aprovechar mi muerte. No son culpables. Se aman. No existe crimen donde hay un amor sincero». El crimen, por lo demás, no puede alcanzar, corrientemente, sino a una sociedad egoísta, hipócrita y cruel, cuyas convenciones es conveniente despreciar. Un hombre y una mujer de corazón no pueden acomodarse a las tonterías de nuestras civilizaciones estúpidas y bárbaras; uno y otro van por ella «mutilados y sufridos». El único asilo en que podrían ser felices son las «solitudes encantadas del Nuevo Mundo». Si ellos allí educan niños es para casarlos un día «frente a Dios, sin otro templo que el desierto, sin otro sacerdote que el amor». La vida, por lo demás, está hecha de trampas trágicas y de destinos amargos. Jacques y Silvia se aman creyéndose hermana y hermano, y saben más tarde que no lo son. Jacques ama a Fernanda y se casa con ella, que deja de amarlo, y se mata, secretamente, en un desierto de ventisqueros. Ni siquiera falta en «Jacques» una reivindicación romántica: la rebelión contra el concepto del matrimonio que hace de la mujer la esclava y la mártir de un marido a quien la ley, la fuerza y la opinión dan todos los derechos. Y en ella se despliega, copiosa, en «Indiana» y vuelve en otras diez novelas. Indiana «es un tipo: es la mujer, el ser débil encargado de representar *las pasiones* comprimidas o, si preferís, suprimidas por *las leyes*; es la voluntad en lucha con la necesidad; es el amor que choca con su frente ciega contra todos los obstáculos de la civilización». La novela será, pues, una protesta contra «la injusticia y la barbarie de las leyes que rigen hasta la existencia de la mujer en el matrimonio, en la familia y en la sociedad».

He aquí una imagen perfecta—quiero decir completa—de las aspiraciones morales del romanticismo. Perfecta o completa, no es, sin embargo, nueva, y se podría emprender con George Sand como con Chateaubriand, Lamartine y los otros, el estu-

dio de ideas que han sido reflejadas y no creadas. El estudio sería decisivo, puesto que George Sand era una mujer tan dócil de imaginación como indócil de carácter y no ha hecho otra cosa, durante mucho tiempo, que reflejar. No inventó la decoración novelesca, trivial desde un medio siglo antes; ni las cazadoras que galopan en el bosque profundo; ni la sublimidad de la pasión y los derechos del amor, que son un tema no francés sino europeo, desde, poco más o menos, el mismo medio siglo; ni el desprecio de las convenciones sociales, de las cuales Louis Sébastien Mercier, con cien otros, había, en 1780, propuesto «desentramar» los corazones amorosos; ni las soledades encantadas del Nuevo Mundo; ni los matrimonios «frente a Dios», que se encuentran ya en el «Cléveland» del abate Prévost. Tampoco ella inventó el feminismo. Su esfuerzo por romper «la injusticia y la barbarie de las leyes que rigen hasta la existencia de la mujer en el matrimonio» es no el décimo sino el centésimo, no sólo en cincuenta años sino en cerca de dos siglos.

M. F. Baumal, M. de Luppé, M. Abensour han estudiado con diligencia y precisión los orígenes del feminismo, y no lo han dicho todo aún. Pero han dicho lo suficiente para que conozcamos la larga teoría de los y de las que han tratado de demostrar que si todo marcha bien para el hombre en el matrimonio y en la familia tradicionales, la mujer podría no encontrarse sometida al mismo cartabón. La regla, en la antigua sociedad francesa, era que los padres no consultaran a las niñas ni a los jóvenes—aun cuando hubiesen pasado de los treinta años—para casarlos; y si no era la norma, era accidente muy ordinario que una muchachita de doce o de catorce años se casara con un hombre de cuarenta o de cincuenta. Estas chicas comenzaban muy temprano a lamentarse de ello. «Soy una víctima inocente, sacrificada a motivos desconocidos y a oscuros intereses de familia, pero sacrificada como una esclava, amarrada, agarrotada, sin tener la libertad de lanzar suspiros, de decir mi deseo, de obrar por gusto propio. Se ha abusado de mi juventud y de mi obediencia, y se me entierra o mejor se me

embalsama viva en el lecho del coronel Delmare». No es ésta una queja de Indiana, y sin embargo basta reemplazar al coronel Delmare, que ahí puse, por el «hijo de Evandre», para que sea una frase auténtica de «La précieuse ou le mystère de la ruelle», del abate de Pure, de 1636; y esta queja, más o menos prudente o brutal, será repetida en novelas, comedias, tragedias y disertaciones hasta llegar a los clamores líricos de George Sand.

* * *

Es, sin embargo, una novedad relativa la perfección o la plenitud de este romanticismo. Su influjo ha sido acrecido por dos razones. Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo eran poetas y dramaturgos, poetas hasta cuando escribían en prosa. Seguramente «El genio del cristianismo», «Las Meditaciones», «Los cantos del Crepúsculo» o «Hernani» tuvieron numerosos lectores o espectadores. Pero no tanto como las novelas, como tantas novelas de George Sand, ochenta y cinco volúmenes de novelas que, sin duda no son todas románticas, que evolucionan hacia 1840 y se transforman a partir de «Mare au diable». Pero las novelas, y novelas semejantes, hacían palpitár todos los corazones y no sólo los de una Ema Bovary o de un pasante de notario, sino hasta los de una hija de portero y de una costurera. A causa de ésto, George Sand tuvo un prestigio que ni Chateaubriand ni Víctor Hugo podían pretender. A la teoría romántica ella pudo juntar una práctica ruidosísima. Seguramente, Chateaubriand tenía, fuera de su mujer, algunas amantes. Pero la debilidad humana y la complacencia de la opinión hacían de esta poligamia una tradición y no una novedad romántica. Por lo contrario, George Sand era una mujer casada, una provinciana obscura, una burguesa rústica, unida en la más tranquila de las aldeas a un hombre muy ignorante del romanticismo y seguramente de toda literatura. Estaba encadenada por todas las trabas sociales. Ahora bien, las sacudió de un manotón y dió el ejemplo alegre, triunfante y escandaloso de

la revuelta; ella testimonia, magníficamente, que ha llegado el momento de pasar de las bellas palabras a los actos decisivos. Abandona Nohant, la casa solariega, las gallinas, las vacas, las sirvientes, los niños, el marido indigno de poseerla, y se va a París a buscar la gloria y el amor. Encuentra la gloria; no es seguro que haya encontrado jamás el amor. Pero se ha persuadido de que lo posee, y lo saborea. Nadie ignora que este George Sand es una mujer, joven, ardiente y libre por el derecho de su genio y de su voluntad. El semi escándalo de un proceso de separación, los rumores de la sociedad, el escándalo envidiado de amores casi públicos, la tragicomedia que la liga a Alfredo de Musset y la separa de él, llevan su nombre hasta las más apartadas sub-prefecturas, turba los corazones de las muchachas cansadas de ser prudentes y de las casadas ávidas de lo desconocido.

Así, en una especie de vértigo que alcanza su paroxismo entre 1830 y 1840, Indianas, Valentinas, Lelias y Jacques, desde el fondo de todas las provincias, buscan las anheladas tormentas y las embriagueces hasta mortales, de preferencia mortales. M. L. Maigrón ha reunido pruebas pintorescas de ello en su obra «El romanticismo y las costumbres». Pruebas un poco menos demostrativas, seguramente, que lo que se cree. Pues hay mucho de cháchara de escritores en los textos que cita, y lo que ha sido escrito por seguir la moda y por agradar, no siempre se ha ajustado a la sinceridad del corazón. Por otra parte, siempre hay locos y locas, en una proporción que tal vez no varía, que entonces fueron románticos, que sesenta años más tarde serían nietzscheanos y que son hoy en día «garçonnes». Sin embargo, M. Maigrón ha probado que esta locura o esta perversión habló, hacia 1830, el lenguaje romántico y hasta, muy exactamente, el de los héroes y heroínas de George Sand. Sin contar a Petrus Borell, Philotées O'Neddy y otros «Jeune France», de los cuales volveré a hablar, ha reunido cartas de mujeres de notarios y versos de escribientes que no dejan ninguna duda.

* * *

Por lo demás, el odio de George Sand a la moral burguesa y a las tiranías sociales no duró una eternidad. No bastaron sino veinte años para que se gastara. Si la escritora fué enteramente romántica, no lo fué hasta el fin. Rápidamente reemplazó su romanticismo pasional por un romanticismo humanitario. Después de haber querido libertar a las mujeres amantes —amantes del que no era su marido,—ella se dió, por algún tiempo, a la tarea de liberar a todos los que oprimía una sociedad dulce para los poderosos y dura para los miserables. Después se resignó a papeles más modestos y que ya no tenían nada de románticos. Llegó a ser la «buena mujer» de Nohant. Escribió novelas rústicas, «La Mare au diable», «La Petite Fadelte», «François le Champi», «Les maîtres sonneurs», y novelas sabiamente novelescas, a la moda de siempre y no a la del romanticismo.

De esta conversión se han dado muchas explicaciones. No sé si la más delicada, pero sí la más verosímil, es la que Mlle Vincent estableció en pruebas que todo, más tarde, ha contribuido a afianzar. George Sand no habría sido una víctima de Venus, «tout entiére â sa proie attachée». Estas víctimas no se curan jamás y, sobre todo, es muy difícil que se curen hacia la cuarentena.

George Sand habría perseguido mejor, durante veinte años, una Venus a la cual su imaginación aspiraba y que su temperamento hubiera sido incapaz de alcanzar. A pesar de Musset, Chopin, Pierre Leroux y los demás, ningún «arco vencedor» habría sido capaz de conmovérla. Ella habría sido el portavoz de las grandes apasionadas por desesperación de no serlo. Así se habría cansado fácilmente de tentativas que le dejaron sólo decepciones y no penas.

Sea como fuere, por una extraordinaria inversión, esta autora de dramas vehementes y crueles llegó a ser, desde «Le Meunier d'Angibault» (1845) y, sobre todo, desde «La Mare au

diable» (1846), una iluminadora de idilios ingenuos y que habrían sido casi dulzones sin el arte sutil que los salva. Resucitó «Dafnis y Cloe» y traspuso bajo la blusa y la gorra del Berry los Mirtilos, Palemones, Glicerías y Cliteas. Ella, que había predicado la rebelión y anhelado las tempestades, imagina Arcadias donde no se vive sino para la dulzura, la ternura y la paz. Lo sorprendente no es que ella se haya convertido en tal grado. Hay en la historia humana ejemplos de todos los retornos y de todas las contradicciones. El milagro es que, después de haber escrito novelas románticas que hoy día nos parecen llenas de artificios declamatorios, no haya compuesto idilios más falsos aún por su insipidez y su tontería. Hay, sin embargo, en estas obras campestres, un fondo evidente de bobería o, si se prefiere, de convención literaria gastada por veinte siglos de Arcadias convencionales. Nadie ha tropezado jamás, ni en un rincón del Berry ni en algún asilo campestre con tantas virtudes y tantas gentilezas campesinas.

Sin embargo, la mentira nos agrada o, por lo menos, agrada a muchos. Sentimos que nos han embaucado y a pesar de ello aceptamos el engaño. La explicación de este encanto corresponde, en buena parte, a la tesis de Mlle. Vincent. Ella ha comparado largamente el Berry de George Sand a la realidad del Berry. Y ha hallado constantemente parecidos exactos con la humilde y sólida verdad. Después de haber sido romántica, si bien siguió siendo una mujer ávida de ficciones y de vidas imaginarias, George Sand ha tenido la cordura—a la vez moral y literaria—de llegar a ser realista. Habló de una región y de personas que amaba, pero las amaba porque las había observado con exactitud y conocido bien. Así, la mentira idílica ha sido sin cesar ocultada por todo género de verdades menudas, de recuerdos fieles de la vida. George Sand no ha ido, como Flaubert, de un exceso al otro, de «Smarh» a «Bouvard y Péchuchet». Ella encontró un justo medio, un equilibrio delicado y encantador.

DANIEL MORNET,
Profesor de la Sorbona.